



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

# REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios. . . . .	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre. . . . .	Ptas. 2,50	Ordinario. . . . .	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios. . . . .	» 5	PROVINCIAS: trimestre. . . . .	» 3	Extraordinario. . . . .	» 0,50
		EXTRANJERO: año. . . . .	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

!!!26 DE MAYO!!!



¿Habrá algún aficionado al arte de Montes, que haya olvidado esa memorable fecha? ¿Puede haberse borrado de la imaginación de los que presenciaron la célebre corrida del 26 de Mayo de 1887, la gran figura del torero de más vergüenza que ha pisado el redondel? ¿Ha existido algún matador de toros que concluya con seis reses bravas en una sola tarde, de otras tantas estocadas altas, dadas á ley, sin cuarteos ni reuuelos?

¡Ah, ¡y cómo cambian los tiempos! ¡Qué diferencia de aquella tarde inolvidable á la del jueves último! Entonces, un solo hombre para lidiar seis toros, llevó á la Plaza 14.000 espectadores que pagaron á buen precio sus billetes; ahora tres matadores, entre altos y bajos, no consiguieron una entrada de 3.000 infelices, cotizándose el papel poco menos que de balde. Y es que de antemano se sabía que aquel hombre, con más ó menos fortuna, trabajaba siempre con fe, con entera voluntad, ganando muy de veras el dinero que cobraba, lo cual no sucede ahora, en que no va nadie más que á salir del paso, con la menor dosis posible de voluntad y de amor propio.

Se fué á paseo la vergüenza, y ya no se la encuentra por parte alguna; dicen que anda escondida entre matorrales por los montes de Torreledones y Moralzarzal; pero nos consta que los lidiadores que en Madrid trabajan no la han visto, ó al menos se han dado consigna para disimularla, queriendo acreditar, pese á quien pese, que «cualquiera tiempo pasado fué mejor», y si no compárense fechas.

Pero sin olvidar aquella hermosa muestra de valor, de inteligencia, de vergüenza y voluntad complaciente para con el público, descendamos á hablar algo de la mansedumbre de quienes el jueves último, día de la Ascensión del Señor, tuvieron la debilidad de visitar nuestro enfermizo Circo tauromáquico. Para que lidiaran seis toros de la Condesa de Patilla, según su leal saber y entender, nombró la Empresa á Lagartijo, Torerito y Jarana como personas acreditadas para proporcionarla pingües utilidades, por su labor esmerada, por su gracia y por su *agüel*. Dicen que al ver aquella «espantosa soledad» el que hace de Empresario, empezó, allá en sus mientes, á redactar el telegrama para el que no hace de Empresario, con aquel célebre verso del gran poeta «culpa mia no fué, delirio insano» etc., y dicen también que el señor Presidente y demás concejales, como otros que no fueron de balde, estaban con la mosca en la oreja, mirando al cielo y pensando al verle, en que allí iba á pasar algo.

Efectivamente, sonaron los clarines, y como gracias á los adelantos del siglo ahora en toda estación del año tenemos en Madrid melones, un cofrade de la hermandad de los *pe-mos*, tuvo la ocurrencia, al ver salir las cuadrillas al paseo, de soltar dos palomas, que volaron despavoridas al verse en libertad, dejando á su dueño con la boca abierta pegado á los hierros del tendido. Salíó el primer toro, por mal nombre; tomó de mala manera tres peores garrochazos, y el usia, en vez de condenarle á fuego como previenen los cánones, que sin duda no ha estudiado, decretó banderillas de las frias, y luego hizo la señal de muerte con las formalidades de costumbre. De cómo la verificó el antes afamado Lagar-

tijo, no queremos ocuparnos, porque ni paró un momento, ni pasó bien de muleta, ni hirió sin cuartear, ni salir de najá; pero, á pesar de todo, sin embargo, no obstante (y no nos acordamos de más adverbios), el de las palomitas, aplaudió.

No fué mejor el segundo bicho, aunque entró más veces á las varas, y fué noble también en todos los lances de lidia: tampoco le pasó bien ni parado el señor de Torerito; pero conociendo el mozo que estábamos en finieblas, fué y de sopetón, cuando el toro no le miraba ¡zás!, le endilgó una estocada honda, y á vivir.

¿Creen los lectores que el tercer toro fué más bravo y codicioso? Pues se equivocan de medio á medio. De tan buen aspecto como muchos bueyes murcianos que tiran de las carretas, dió un juego tan pacífico y acompasado, que parecía realizar el ensayo de unas suertes de toreo, que para sí hubieran querido más de cuatro principiantes. El buen Jarana, cuando le llegó su turno, empuñó trapo y estoque, y con aire marcial y arrogante continente, largó una buena estocada, con más arte del que tuvo para trastear al bicho, y diciendo para sus alamares: anda, que ya es tarde y viene lloviendo.

En aquel momento, señores, cuando las mulas arrastraban el toro y el Buñolero abría la puerta del chiquero, para dar salida al cuarto, el diluvio universal se vino encima. ¡Virgen del Tremedal, y qué modo de caer agua, granizo y piedras preciosas! Ni las cataratas del señor de Niágara, ni las lágrimas del señor de Manzanares, cuando se le hinchan las narices, llevan más caudal del líquido elemento que el que inundó el ruedo, los tendidos y otras localidades de la Plaza.

A semejanza de lo que le sucedió al paleta, que al entrar en Madrid leyó en la puerta de una tahona «Hay cisco-Salvaos», apelaron á la fuga los toreros y los espectadores, guareciéndose donde mejor pudieron. El toro campaba por sus respetos en el centro del redondel, disponiéndose á nadar, y la música toca que toca, aires nacionales ó extranjeros, que en ello no nos fijamos, y si en que el congregante de las palomitas, había volado también en busca de ellas.

A todo esto

figuráos que la tarde era oscura, oscura, oscura,

hasta el extremo de no divisarse en su palco al Sr. Presidente; que la poca gente que concurrió á la fiesta, esperaba una resolución cualquiera, y que después de un gran rato, durante el cual, parece que la Autoridad conferenció con los jefes de cuadrillas y el empresario, salió al ruedo un torero que nos pareció un Torerito, metió la pata... en un charco, é hizo señas de que no se podía lidiar.

Entonces la sabia Presidencia ordenó la salida de los cabestros, salieron y se llevaron al toro bien arropado, para secarle con toallas rusas preparadas al efecto por el flamante empresario, que á todo atiende y en todo está. Como si le faltase tiempo, puso un telegrama á Sevilla, que no sabemos si habrán sabido descifrarle, porque lacónicamente contenía tan sólo las siguientes palabras:

«Nos hemos comido tres toros.» En las oficinas de telégrafos se descifrarón en seguida, acordándose que la anterior Empresa comió á los abonados otros doce.

Con que ya ve el sufrido lector, por el anterior relato, que cuantos intervinieron en la corrida del pasado jueves, se encontraron á la misma altura: es decir, igual no, que los toreros cobraron y los primeros pagaron, unos por no trabajar y otros por no ver trabajar; en cambio, éstos sil-

baron y apostrofaron á aquéllos de lo lindo; y los otros, que ya no van á la Plaza más que á cobrar *nomios*, se retirarían diciendo para sus coletas: muchos días como éste, que con agua de Mayo crece el pelo.

La Providencia estuvo acertada como siempre. No quiso que se perpetrara el desconsiderado ultraje que, sin tener presente la célebre fecha del 26 de Mayo, intentó la Empresa con toros de Patilla y toreros de *crujado*, y *vuelta á empezar*: quiso advertir á los que fuimos espectadores de aquella incomparable fiesta, que tenemos cada vez más estragado el gusto; y que de ningún modo mejor que ahogando la función en agua, podía ser vindicada la grata memoria de aquella incomparable, por su resonancia, en los fastos taurómacos del presente siglo.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

## NUESTRO DIBUJO

LEANDRO SÁNCHEZ DE LEÓN (CACHETA)



Muy próxima á la ciudad de Almagro, á cuyo partido judicial pertenece, y no lejos de Ciudad-Real, capital de la provincia, radica la villa de Bolanos, en la que vió la luz el diestro Leandro Sánchez de León y Paredes (Cacheta), el 13 de Marzo de 1861, á la sazón en que su honrado padre don Faustino, ejercía el modesto cargo de profesor veterinario.

Desde los primeros años se marca en la personalidad de este torero, la nota que le da un carácter vehemente é irreflexivo, hasta el punto de presentar su adolescencia una variedad de las que pocos podrán hacer alarde, y que empezando por los estudios propios de la edad seguidos en Almagro, continúa por su ingreso en la Academia Militar de Toledo, su pronto abandono de la misma, su voluntaria filiación en un batallón de Cazadores, su vuelta al hogar paterno, sus propósitos de abrazar la carrera de Veterinaria en Granada y algunas otras vicisitudes, para llegar al punto deseado de sus aspiraciones, cual era el relacionado más directamente con la tauromaquia.

Influido por tales inclinaciones, convirtiéndose impremeditamente en empresario-torero de la Plaza de Santafé, en cuyo negocio, como no podía menos, perdió los dineros conque contaba, á cambio de la satisfacción experimental en la ejecución de media docena de suertes, que sirvieron para afirmarle más en su pensamiento de dedicarse abiertamente al arte taurino, y lanzarse por esos pueblos en compañía del Lavi y el Pescadero. Empezó por dar el salto de la garrocha y banderillar, y no tardó en manejar decidido el estoque y desenterrar un salto casi olvidado, que fué lo que más le favoreció para irse dando á conocer.

Recorridas algunas comarcas, vino á parar á Madrid, centro común de todo cuanto encierra alguna novedad, y presentose en nuestro Circo por el año 1884 como banderillero, y ejecutando desde luego en la primera corrida en que tomó parte, el salto consabido, que después de visto varias veces, fué bautizado por unos con el nombre de *salto de Cacheta*, atribuyéndole su invención, y por otros con el de *salto de la eternidad*, fundándose los que le calificaban de esta última manera, en las consecuencias no muy provechosas



